

MUERTE SIN REFLEJO

¿Hace un milenio o solo unos segundos? Grito y mis aullidos rebotan sobre este reflejo sordo. Un segundo, un millón de planes se desvanecen repetidamente en este hondo pesar cristalino. Tanto pensar en el como sería, para acabar en esta pesadilla.

Tú que fuiste mi confidente, el guardián de mi demencia, la esquina donde esconder mis prejuicios, la pobre y orgullosa vergüenza de mis latidos. ¿Por y para qué adornaste mis oídos de tantos futuros si ayer, hoy y siempre el rojo carmín de mi vida se escurre sobre tus manos?

Prometiste la luna e incluso alguna galaxia lejana a quien no debías. Torpe y enamorada, dejé que tu media sonrisa pícara revoloteara sobre los trocitos de mi juventud. Aquella primera caricia me pareció solo un gesto puro e inefable, creí en ti hasta el punto de ocultárselo a mi madre. Desojaste la flor de mi inocencia como el pobre escritor sin musas ni convicción, escribiendo sobre mi piel cada pecado de tu conciencia.

Te quise, sí, pero a mi manera. Te perdoné en cada aniversario, sí, también lo hice cuando comprobabas mi alma con tus regalos. Domingos de iglesia y mil espacios entre mis pensamientos y ese viejo madero, ese signo en el que colgaba la única esperanza de los hombres y que a día de hoy no ha sabido dar respuesta a mis suplicas. Desde aquí lo veo y ahora no puedo más que reír por dentro de amargura.

¿Que haces, que miras, que buscas entre mis cosas? Más daño no puedes hacerme, recoge mi recuerdo y enfréntate a tu destino. Cortaste mis venas en una esperanza vana de hallar tu fuga, fue creíble estúpido bastardo, la policía debería haber visto más capítulos de C.S.I. Mientras escondías tu “yo” podrido tras esas miles de latas de cerveza que rodeaban tu sillón preferido y tu conciencia.

Sufrí en vida y en muerte la paz se aleja de este cuerpo inerte. Atrapada en este espejo, veo mi asesinato repetido desde hace 20 años y como a día de hoy, mi verdugo sigue rondando estos cuatro ángulos que forman mi habitación. Una habitación de una niña de 6 años que dejó que el amor por su padre cegara cualquier pecado o aberración, enfrentándose incluso a su madre, una madre que murió de pena sobre la almohada que veló mis sueños. Ella no está aquí conmigo y doy gracias por ello....aquí solo hay hueco para el demonio que sonrío frente a mí.

Mi última oración no será para pedir por mí, ya es demasiado tarde para ello. A quien halle mis deseos le pido una sola cosa que retumba en mi interior una y otra vez: Tráedlo aquí....

– ¿Has oído eso María? Habrá que mejorar el audio, pero se oye algo.

– Si Jorge, tiene los trazos y la cadencia típica de una psicofonía. Parece que dice: Trae aquí.

– ¿Usted que opina señor Díaz? -dijo María emocionada.

– Yo no opino -dijo el viejo malhumorado-, solo quiero que saquéis ese espíritu o lo que sea de mi casa. Llevo años sufriendo pesadillas e incluso mi mujer llegó a volverse loca pensando que era el fantasma de nuestra hija Nayra.

– ¿Su hija murió aquí señor? -preguntó Jorge asombrado.

– En su cama, se suicidó. Con solo 6 añitos, la vergüenza pudo con su alma y antes de confesar que fue violada por un desalmado, prefirió quitarse la vida.

En ese instante el crucifijo de la estancia cayó sobre la cama y el espejo de encima del tocador se hizo añicos. María gritó horrorizada, Jorge se levantó de un sobresalto. Ante ellos Víctor Díaz se desangraba con un trozo de cristal que sesgaba su cuello. Una bruma blanquencina se evaporaba ante ellos, Nayra era libre por fin.

